

MISION JOVEN:

TRASFONDO POLITICO

El inicio de la llamada "Misión Joven" que auspicia el Episcopado Nacional, ha sido suficiente para dejar en evidencia sus verdaderos y más profundos objetivos, que interesa analizar por la gravedad de los alcances que encierra.

Tal como lo admite el Obispo Auxiliar de Santiago, Monseñor Manuel Camilo Vial, en el documento donde él reseña los fundamentos de dicha iniciativa, la idea de "la opción preferencial por los jóvenes", era una inquietud latente, "hasta que en una reunión de vicarios con el señor Cardenal, se planteó y decidió convocar a una misión juvenil en los próximos años, idea que fue acogida por los Obispos y decidida como actividad pastoral de las diócesis de Chile".

El origen de la idea pertenece, pues, a la Jerarquía de la Iglesia de Santiago, si bien ella que asumida por el conjunto del Episcopado Nacional, en una reunión plenaria que éste sostuvo a fines de 1981, en Punta de Tralca. Allí se aprobó un documento titulado "Operaciones Pastorales 1982-1985", cuyo contenido arroja ilustrativas luces sobre las ideas inspiradoras de "Misión joven".

El referido documento fija, como tarea evangelizadora del episcopado para estos próximos años, "promover ahora y con urgencia la liberación integral de los chilenos", frente a una realidad actual que se califica de "dramática", y se juzga "fruto de una crisis de valores que nos lleva a vivir de una manera muy distinta a lo que eran nuestras mejores tradiciones".

Ahondando en el diagnóstico, el documento constata luego que "no hemos asumido bien el anuncio del Evangelio en aquellos grupos para los cuales el actual modelo socio-económico significa seguridad, progreso y bienestar, ni en aquellos más marginados que no pueden acceder a los beneficios que ofrece esta sociedad".

La forma sutil y autocrítica del párrafo transcrito, cede paso posteriormente a un lenguaje más crudo y acusatorio, cuando se afirma:

“Este es un desafío tanto más urgente, cuanto que la sociedad actual está siendo estructurada en base a la competencia más que a la solidaridad, a la verticalidad más que a la corresponsabilidad”.

Y enseguida añade:

“No es fácil este desafío, sobre todo en un ambiente que tiende a dividir a los chilenos entre buenos y malos, pobres y ricos, patriotas y antipatriotas, y que se esfuerza por dividir lo que Dios ha unido, cuando separa la fe de la vida, la evangelización de la promoción humana, lo religioso de lo político, lo económico de lo social”.

Para disipar cualquier duda sobre la interpretación de tales conceptos, el Obispo Vial, en el documento específico titulado “Misión Joven”, y que debe estimarse complementario del recién citado, afirma ya sin ambages, aludiendo a la actual realidad socio-política:

“Los conceptos de orden, autoridad, política, nación, seguridad, etc., van promoviendo una cierta ideología y marcando determinados valores que consideramos antievangélicos”, aserto que enlaza con otro en que el mismo texto señala que “hay una concepción del hombre y de la sociedad que destaca el individualismo, la competencia, el consumo, la primacía del dinero y de las cosas como valores fundamentales”.

Resaltar y vincular los párrafos transcritos, resulta tanto más necesario cuanto que el tono predominantemente melifluo en que discurren los documentos episcopales (del cual éstos no constituyen una

excepción), hace pasar inadvertidos para muchos de sus lectores, los verdaderos alcances político contingente que contienen sus trozos más incisivos. Ello parece aún más indispensable, ya que son estos párrafos los que luego se privilegian y repiten hasta la saciedad, en el uso diario de las acciones políticas que se emprenden bajo auspicio eclesiástico.

Es así como la “Misión Joven”, trasladada a sus slogans de propaganda masiva, se traduce en panfletos que ya acuñan consignas como las siguientes:

“Hoy, en nuestra Patria, se encuentran cerradas las puertas de la sociedad para los jóvenes, por cuanto éstos tienen derecho a participar, pero no hay derecho para hacerlo; a estudiar, pero no hay dinero; a trabajar, pero no hay vacantes; a constituir su familia, pero no hay vivienda. Los jóvenes deben unirse para reclamar sus derechos y hacer escuchar sus quejas a todo el país”.

La curiosa norma reglamentaria según la cual los acuerdos de mayoría que adopte la Conferencia Episcopal deben aparecer unánimes, facilita el equívoco de presentar sus documentos como expresión del pensamiento de todos los Obispos, aunque sea sabido que varios de ellos no compartan buena parte de su contenido. Son muchos los casos en que, además, la mencionada regla se emplea hábilmente por los Obispos más radicales, quienes proponen textos aún más extremos que los que se aprueban entregando así como trofeo a los moderados, la introducción de enmiendas “morigeradoras”, pero que no alteran la esencia del objetivo perseguido, y permiten así ser nuevamente radicaliza-

dos en su uso panfletario y consignista, del cual el botón de muestra transcrito resulta más que elocuente.

Con todo, el entrelazamiento de los párrafos reseñados —cuya suma y congruencia evita el manido contrargumento de que estarían “fuera de contexto”— permite desprender claramente sus alcances.

En efecto, no se trata de entregar valores evangélicos que pudieran insertarse en el actual modelo socio-político, por quienes hayan ejercido su libre opción de apoyarlo, al igual que ser recogidos por quienes propicien otros esquemas sociopolíticos divergentes del actual, dentro de los amplios marcos admisibles al efecto para la doctrina católica.

Se trata, por el contrario, de un intento infundado y agresivo de los Obispos, por contraponer los valores evangélicos al actual “modelo socio-político”, es decir, a la nueva institucionalidad política, económica y social, que una amplia mayoría ciudadana ha apoyado desde septiembre de 1973.

A partir de una visión burdamente unilateral de nuestra realidad, se pretende achacar al modelo socio-político, la responsabilidad de todos los males morales o económico-sociales que existan en nuestra Patria.

Revelando prejuicios viscerales — como contraponer competencia a solidaridad— se atribuye al mismo modelo el carácter de una “ideología antievangélica” y, más aún, de una “concepción del hombre y de la sociedad” con rasgos marcadamente materialistas, que nada tienen que ver con el verdadero acervo conceptual de la nueva institucionalidad en progresivo desarrollo desde 1973.

En fin, se llega incluso a imputarle a ella la intencionalidad de “esforzar-

se por dividir lo que Dios ha unido”... y entre esas “unidades” que pretendería destruir, se enuncia —sin suficientes matices ni límites— “lo religioso y lo político”.

¿Será necesario abundar en más demostraciones de los abiertos propósitos político contingentes, que pretenden esconderse bajo apariencia evangelizadora?

¿Será necesario subrayar que tal apasionamiento político llega hasta el extremo de hacer sentirse autorizados a los Obispos para salir al rescate de una forma de vida acorde con “nuestras mejores tradiciones”, olvidando sus violentos y globales anatemas hacia nuestro pasado histórico que pronunciaron —al unísono con el Partido Demócrata Cristiano— allá por los inicios de la década del 60, cuando secundaron sus slogans partidistas de la “revolución en libertad”, “la reforma integral de las estructuras” o el “todo tiene que cambiar”.

Ahora bien, si resulta nítido el verdadero objetivo de la “Misión Joven”, no lo es menos su laboriosa planificación táctica.

Con meticulosos cronogramas que ya abarcan todo el presente año, y extienden sus líneas hacia el próximo, se detalla la formación de los “misioneros”, fundamentalmente encomendada al Arzobispado de Santiago, como patrocinador de la idea. El apoo logístico y de material didáctico anunciado para ello insinúa, además, las dimensiones masivas a que aspira.

¿Será aventurado esbozar una analogía entre estos “misioneros” que se esparcirán por el país, y aquellos que el mismo Arzobispado de Santiago —bajo la conducción del mismo Cardenal Arzobispo— diseminó por Chile en los inicios de la refor-

ma agraria, imbuidos por él del ideario socialista que caracterizaba tal iniciativa, lo cual, muy probablemente, facilitó su conquista por quienes lograron que pronto gran parte de ellos se deslizaran hacia el esquema del odio de clases inherente al marxismo?

En todo caso, está claro que la "Misión Joven" se insinúa como un paso de singular audacia, para poner el ascendiente evangelizador de la Iglesia al servicio de una opción político contingente, militantemente opositora al Gobierno y a la institucionalidad que éste impulsa.

Para ello, todo indica que el Cardenal Silva Henríquez, junto con asumir la jefatura práctica de la oposición política, al momento mismo de fallecer don Eduardo Frei, ha resuelto dejar lo más amarrado posible el cuadro que enfrentaría su sucesor, en caso de que Su Santidad, le aceptara pronto la renuncia que, por razones de edad, deberá presentarle en septiembre próximo.

Por último, cabe destacar que "la opción preferencial por los jóvenes", de algún modo sustitutiva (aunque ello no se reconozca abiertamente) de la "opción preferencial por los pobres" sostenida por la Iglesia Católica para toda América Latina durante los últimos años, arranca de un cierto fracaso en su intento de convertir en Chile a los "pobres y marginados" en ariete de la acción revolucionaria o militantemente opositora.

En estrategia y lenguaje marxista, la juventud pasaría así a cumplir el papel de "proletariado de reemplazo", que tantas veces se ha utilizado para reemplazar temporalmente con otros antagonismos, la supuesta falta de "conciencia de clase del proletariado". Tal reemplazo, junto con anti-

cipar por otras vías las rupturas y tensiones sociales, es mirado por el marxismo como herramienta preparatoria del enfrentamiento final ineludible entre "proletariado" y "burguesía". De ahí que resulte presumible un entusiasta concurso marxista a la estrategia política del Arzobispado de Santiago.

Los inspiradores de la "Misión Joven" presumen con cierta agudeza, que la juventud pueda ser un caldo de cultivo más apto y eficaz para tales pretensiones, máximo, cuando surge ya una nueva generación juvenil que no vivió la Unidad Popular, y que poco o nada participa de los traumas, las lecciones y los compromisos políticos, que esa etapa generó en quienes la sufrieron. Una explicable apertura vivencial de estos jóvenes sin mayores cauces ni exclusiones, hace pensar a la Jerarquía Eclesiástica de Santiago que ellos serían más permeables a una aventura política como la que ésta les propone, bajo el atractivo llamado a construir "la civilización del amor".

Puesto ya al descubierto el verdadero contenido de esa "civilización del amor", que se pregona como anzuelo, sólo cabe destacar el carácter de advertencia que él debe representar para los jóvenes, sus organismos propios y sobre todo, para quienes tengan responsabilidades y ascendiente en su formación. La "Misión Joven" emerge, en su inicio como un osado plan político, que requerirá una consistente y eficaz labor de parte de quienes no compartan su tendencia ideológico y contingente, y sientan el deber moral y patriótico de contribuir a develar y enervar sus auténticos objetivos.

R